

Semana de oración por la unidad de los cristianos para el año 2006

Introducción

DONDE DOS O TRES SE REÚNEN EN MI NOMBRE, ALLÍ ESTOY YO EN MEDIO DE
ELLOS
(Mt 18, 20)

Lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos separa: éste es el gran hallazgo que está en el origen del movimiento ecuménico. El elemento más importante de nuestra unidad está en la presencia de Cristo resucitado, que prometió a sus discípulos que él estará con ellos hasta el fin de los tiempos. Al final del Evangelio de san Mateo, Jesús hizo esta promesa inmediatamente después de haber dicho a sus discípulos de que se vayan a hacer nuevos discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf Mt 28,19-20). Era consciente de las dificultades de todo tipo que ellos deberían afrontar y no quiso dejarlos huérfanos en su misión (cf. Jn 14). Les prometió que él estará con ellos. Él es el “Emmanuel”, es decir, el “Dios con nosotros”.

Los Evangelios nos hablan de diversos modos en los que Jesús, nuestro Señor resucitado, está presente entre nosotros: cuando su Palabra es proclamada y vivida, y cuando el pan y el vino eucarísticos son ofrecidos en su memoria; está igualmente presente en el niño pequeño, en el hambriento, en el encarcelado, en el despreciado; está presente en cada uno de nuestro prójimo; está presente en los que prosiguen su misión y su ministerio por el mundo. En este contexto se expresa la promesa de Jesús, que sirve de tema para la Semana de oración por la unidad de este año: “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20).

Esta promesa la va situando Mateo en el contexto de una enseñanza de Jesús: cómo organizar la comunidad eclesial con la preocupación por los más despreciados, cómo puede la Iglesia estar al servicio de sus miembros que se han extraviado, qué límites hay que poner al perdón. En Mt 18 se encuentran textos importantes que nos juzgan. Son textos orientadores destinados a la comunidad de los cristianos, que muestran dónde está la responsabilidad de sus discípulos. Otros textos vienen a ayudar en otra dirección, subrayando la preocupación de Dios hacia cada persona y haciendo a cada comunidad una llamada al perdón ilimitado, a imagen de la capacidad infinita de reconciliación que hay en Dios. Este capítulo proporciona instrucciones dejadas por Jesús a los primeros cristianos: la manera de construir la comunidad no puede dejarles indiferentes. La

comunidad que se reúne en torno a la persona y a la palabra de Jesús debe hacer todo lo posible para estar en armonía. En este contexto el Señor invita a sus discípulos a tener confianza en el poder de la oración comunitaria así como en su presencia permanente en medio de la comunidad que se reúne en su nombre.

Durante la Semana de oración por la unidad de los cristianos y en nuestra oración por la unidad durante todo el año, estamos invitados a tomar conciencia profundamente de que la unidad es una gracia y de que debemos invocar sin cesar este don. Los que nos esforzamos en promover la unidad de nuestras propias comunidades y la unidad de todos los cristianos, sabemos que es importante reunirnos de forma ecuménica en el nombre de Jesús. Cada vez que nos reunimos así en oración, estamos invitados a tener confianza en el poder de la oración ofrecida en la presencia de Jesús que ha prometido a sus discípulos “Os digo también: si dos de vosotros, estéis donde estéis, os ponéis de acuerdo para pedir algo en oración, mi Padre celestial os lo concederá” (Mt 18,19). Lo que verdaderamente cuenta no es una pluralidad de voces sino el hecho de que esas voces estén unidas en la oración. La voz silenciosa que habla en el corazón de cada uno es ampliada cuando nos reunimos en el nombre de Cristo. Recordemos en nuestra oración y demos gracias al Señor por los avances realizados a lo largo de los últimos decenios en el camino de la unidad; Jesucristo ha estado presente entre nosotros mediante el poder de su Espíritu y con nosotros ora al Padre.

La promesa de la presencia de Jesús entre nosotros no se limita sólo a la comunidad reunida en la celebración litúrgica. Puesto que el amor de Dios Trinidad se ha encarnado en Jesucristo, nos es posible vivir en Cristo una vida de comunión enraizada en la misma Trinidad. Por la presencia de su Espíritu Santo, el Señor resucitado desea estar con nosotros en todo tiempo y lugar, compartiendo nuestras preocupaciones, dándonos consejos, caminando a nuestro lado, visitando nuestras casas y lugares de trabajo, reavivando nuestra alegría por su presencia que nos conduce directamente al corazón del Padre. Quiere que sintamos la proximidad de Dios, su fuerza y su amor. Quiere estar entre nosotros para testimoniar él mismo su amor y su presencia en nuestras vidas, en el trabajo, en la escuela y en los ámbitos en que vivimos.

Está bien recordar que muchas cosas se han cumplido a lo largo de la historia cristiana “en nombre de Jesús”, cosas que no tienen nada que ver con la enseñanza de Cristo, con el ejemplo que nos ha dado en su vida y en su muerte. Nuestras historias individuales o comunitarias nos ofrecen razones para arrepentirnos. Justamente leemos Mt 18,20 a la luz de la primacía dada al mandamiento del amor en el Evangelio de Juan: “Mi mandamiento es éste: amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12) y “Vuestro amor mutuo será el distintivo por el que todo el mundo os reconocerá como discípulos míos” (Jn 13,35). La presencia de Jesús allí donde dos o tres se reúnen en su nombre está estrechamente vinculada al amor que estos dos o tres tienen los unos para los otros.

Reunirse en el nombre de Jesús significa participar en el amor que él nos ha traído a la tierra. Este amor no puede ser reducido a la simple filantropía, solidaridad o benevolencia; va más allá de la amistad o del deseo. Es un amor que se da totalmente, que acepta el sufrimiento, que “todo lo excusa... todo lo cree... todo lo espera... todo lo tolera” (1 Cor 13,7). Es un amor que necesita prudencia y paciencia cuando discernimos la presencia del Señor y la dirección que nos indica.

Para poder ser también receptivos de la presencia de Jesús entre los cristianos, debemos aprender a vivir juntos un “ecumenismo cotidiano” que acompaña la búsqueda de la unidad teológica. Esto significa estar abiertos y dejarse enriquecer por las tradiciones espirituales, las riquezas y las costumbres del otro en nuestro común empeño, concretamente, de edificar el Reino de Dios sobre la tierra. Esto significa también promover una cultura de interdependencia aprendiendo juntos a ver lo que hay de positivo en las características de toda comunidad eclesial y étnica, de toda historia y mentalidad, características que fácilmente pueden dividir a los cristianos. Ser conscientes de que todo lo que compartimos nos permite afrontar más eficazmente lo que todavía nos separa. Un ecumenismo de vida implica, cada vez que es posible, la oración común, la misión común y el testimonio común cuando tomamos parte juntos y cada vez más en la vida según el Espíritu. Eso significa también compartir con los otros los aspectos ordinarios de nuestra vida, de tal forma que podamos reconocernos siempre como más hermanas y hermanos en Cristo, y que podemos ver en el otro la presencia misma del Señor.

Nada es pequeño si se hace con amor. Ningún gesto de amor, de testimonio, de colaboración en nombre de Jesús, ninguna oración común está desprovista de sentido y de valor si responde a la voluntad de Cristo, que todos sus discípulos sean una misma cosa. Cada una de estas acciones, aunque modestamente, expresa nuestra determinación de amarnos unos a otros como Cristo nos ha amado; esto puede ser igualmente un signo elocuente ante un mundo frecuentemente incapaz de reconocer la presencia de Dios o indiferente ante sus designios.

El grupo ecuménico que se reunió en Irlanda para preparar los textos de la Semana de oración por la unidad de los cristianos era consciente de la riqueza del patrimonio espiritual de este país que se remonta a la antigüedad cristiana y que comparten así todas las tradiciones cristianas presentes en Irlanda. Los miembros del grupo eran igualmente conscientes de que las Iglesias cristianas estaban implicadas y decididas a terminar con los conflictos y tensiones que han marcado fuertemente la vida de Irlanda durante los últimos siglos. Las divisiones entre los cristianos han provocado profundas heridas o las han agravado.

Es la tercera vez que durante los últimos veinticinco años el grupo de preparación de la Semana de oración por la unidad se reúne en Irlanda, cuando la violencia disminuye y la esperanza aumenta al ver realizarse la paz de Cristo. La rica historia pero compleja de

Irlanda ha dado al grupo buenas razones para escoger este año Mt 18,20 como texto bíblico central y tema de la Semana de oración por la unidad de los cristianos 2006.

La intención del grupo ha sido, en primer lugar, llamar la atención sobre Jesús como fuente de nuestra unidad, subrayando que él ya nos indicó cómo podemos ser instrumentos de la unidad que Dios desea para nosotros.

En segundo lugar, además de que la esperanza puede nacer y crecer rápidamente en gestiones e iniciativas a gran escala, los miembros del grupo preparatorio han resaltado que el simple encuentro de dos o tres reunidos en el amor mutuo de Cristo es un medio esencial para construir relaciones entre pueblos y comunidades divididas. Los encuentros en grupos restringidos, las relaciones y amistades a nivel local pueden dar un fuerte impulso a la difusión de un espíritu de paz y de reconciliación. Muchas experiencias de la historia reciente de Irlanda lo atestiguan.

En tercer lugar, el grupo subrayó que para poder tener esperanza en el futuro y construir hoy la paz y la reconciliación, era necesario tomar en consideración los remedios dolorosos y los sufrimientos del pasado. Como discípulos de Cristo, debemos comprometernos a poner los medios constructivos para curar las heridas del pasado y ofrecer un testimonio común, buscando y eligiendo los caminos que conducen a la reconciliación. En este espíritu, todos los cristianos que utilizan los textos de la Semana de oración están invitados a reunirse en la plegaria y en el amor recíproco para aprender a comprenderse los unos a los otros en sus diferencias. De este modo podemos llegar a ser signos siempre más poderosos de reconciliación y testimoniar la presencia del amor de Cristo que nos sana.

Los textos bíblicos propuestos y los comentarios para el octavario tienen como propósito estimular una reflexión prolongada sobre la invitación a reunirnos en su nombre, que Jesús ha dirigido a sus discípulos. El primer día desarrolla la idea de que todos los cristianos, por pertenecer a Cristo, pertenecemos los unos a los otros y estamos reunidos en una comunión que ya se manifiesta en nuestro reconocimiento común del bautismo. El segundo día ofrece una meditación sobre la importancia de la humildad en el servicio (el ejemplo que se nos ha dado aquí es el de la invitación hecha a los discípulos de Cristo a lavarse los pies mutuamente) como medio de construir la unidad de la Iglesia. El tercer día se concentra en la importancia de la oración común, sugiriendo que cuando Jesús oraba por la unidad de sus discípulos, puede ser posible que ellos no estaban todavía reunidos en su nombre; la presencia de Jesús entre nosotros nos une a él y nos une a unos y otros. El tema del cuarto día es el de la purificación de la memoria y del perdón ofrecido y recibido, elemento esencial del redescubrimiento y de la reafirmación de nuestra unidad en Cristo.

El quinto día describe la presencia de Dios como fuente de paz y de estabilidad, de valentía y de fuerza, que nos anima a buscar los medios para realizar la paz. El tema del sexto día nos permite reflexionar sobre el doble movimiento de la misión: reunión y envío. Estas dos acciones tienen cada una como fin realizar la voluntad del Padre, que es la de animar al débil y proclamar que el Reino de Dios está cerca. El séptimo día nos invita a acoger al prójimo y al extranjero con todas sus diferencias, a reconocer que la presencia de Cristo en ellos determina nuestro compromiso y el seguimiento de nuestra tarea ecuménica. El día octavo se vuelve en la esperanza hacia el fin de nuestra peregrinación que nos conduce a la plenitud de la presencia de Cristo. A lo largo del camino estamos animados a descubrir que los otros cristianos no son más extranjeros, sino compañeros de viaje, y a anticipar juntos el día en que tenderemos las manos los unos a los otros en la presencia de Cristo.